

con tanto rigor, como si no predicara. Despues rezaba sus maitines, y ántes de reposar cada noche se disciplinaba con extraordinario rigor, y duraba la disciplina por lo ménos media hora; y aunque su compañero, movido de caridad, le advertia que era exceso para quien tanto trabajaba, con todo eso le parecia poco, haciendo otros grandes rigores: no admitia regalo ni presente alguno por más que le importunasen: no salia fuera de su posada á comer á otra.

En este pueblo no quedó enemistad alguna que no compusiese ni persona que no se confesase con este apostólico varon, al cual todos tenian en opinion de santo: y, viniendo un jubileo, los de este mismo pueblo enviaron á pedir les enviasen al P. Pedro Martinez, el cual estuvo allí quince dias, procediendo con el mismo fervor y trato que se ha dicho.

De Toledo fué al colegio de Cuenca, donde predicó con mayor fervor y espíritu que nunca otra Cuaresma, que fué la última que tuvo en España,

El descanso de este trabajo fué en el colegio de Alcalá, donde pidió le desjasen ser cocinero. Sirvió en la cocina con suma edificacion tres ó cuatro meses, al cabo de los cuales, en premio de su humildad, le sacó Dios á la gloria del martirio con esta ocasion.

Escribió el rey Católico D. Felipe II, á los 3 de mayo de 1566, á nuestro P. S. Francisco de Borja, que era General, una carta en la cual le pedia que enviase á las Indias occidentales algunos sujetos, porque no habian aún entrado en ellas los religiosos de la Compañía. Por acudir á la voluntad y gusto de su Majestad, señaló nuestro P. S. Francisco algunos Padres escogidos para esta mision.

Los primeros fueron los PP. Pedro Martincz, de quien vamos hablando, y Juan Rogel, natural de Pamplona, que siendó Licenciado en Artes y Bachiller en Medicina, habia sido recibido en el colegio de Valencia por el mes de abril de 1554, y oyó Teología en el de Gandía, y el H. Francisco de Villareal, los cuales aquel mismo año partieron á los 28 de julio para la Florida, y llegaron á los 24 de setiembre.

Fué nuestro Señor servido de cumplir al P. Pedro Martinez el encendido y antiguo deseo de mejorar su valentía y esfuerzo, vertiendo su sangre por amor de aquel Señor que nos redimió con la suya tan preciosa, y de regar la tierra de la Florida luego al principio, para que diese flores olorosas y fruto copioso de virtudes.

Porque en saltando en tierra nuestro valiente y esforzado confesor de Cristo, para predicar y dar noticia del santo Evangelio á los naturales bárbaros, que hasta allí estaban sepultados en las tinieblas de la infidelidad; los que andaban por la ribera del mar, así como le vieron le quitaron la vida,

derribándole en el suelo con las porras que traian en las manos; así le pagó nuestro Señor con esta muerte tan dichosa los trabajos y servicios que habia hecho á Su Divina Majestad en la vida que hizo despues que le sacó del mundo.

En Sevilla profetizó el P. Pedro Martinez su martirio, y con la satisfaccion que tenia de él y de la merced que nuestro Señor le queria hacer, viéndose con el P. Lobo, insigne predicador de la Orden de S. Francisco, y por su mucha religion y apostólica predicacion bien conocido en toda España é Italia, á la despedida abrazándose los dos tierna y fervorosamente, dijo el P. Pedro Martinez: «¡Oh P. Lobo, qué ansias llevo de verter mi sangre y bañar aquellas riberas de la Florida á manos de bárbaros en defensa de la fe!» Esto refirió el P. Lobo á un religioso de la Compañía, y añadió que iba, como otro Ignacio, deseoso de verse en las bocas de los leones despedazado por Jesucristo.

Escribieron de este siervo de Dios el P. Pedro de Rivadeneira, Andrés Scoto, Felipe Alegambe, Fr. Fernando de Camargo en su *Cronología sacra* y otros muchos.

P. NIEREMBERG.

## PP. JUAN BAUTISTA SEGURA Y LUIS DE QUIROS

CON OTROS MÁRTIRES DE LA COMPAÑÍA

LA Compañía de Jesus en sus primeros años resplandeció como un clarísimo sol en el oriente, ilustrando con la luz del Evangelio aquellos dilatados reinos de la India.

Considerando esto el rey Felipe II, cuyo imperio se extendia por todas las partes del orbe, deseó que acabase de llegar su resplandor al occidente, no para ponerse en él, sino para que en toda la redondez de la tierra amaneciese el Sol de Justicia, y fuesen alumbradas con la aurora de la gracia y fe de Cristo las regiones occidentales de la América.

Para conseguir esto, escribió una carta, año de 1566, á S. Francisco de Borja, General entónces de la Compañía de Jesus, la cual entre otras decia

estas palabras: «Por la buena relacion que tenemos de las personas de la Compañía, y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé orden cómo algunos de ella se envien á nuestras Indias del mar Océano. Y porque cada dia en ellas crece más la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor seria muy servido de que los dichos Padres vayan á aquellas partes por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversion de aquellos naturales, y por la devocion que tengo á la dicha Compañía; deseo que vayan á aquellas tierras algunos de ellos. Por ende yo vos ruego y encargo que nombreis y mandeis ir á las dichas nuestras Indias veinte y cuatro personas de la Compañía, adonde les fuere señalado por los del nuestro Consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo, y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa, que, demas del servicio que en ello á nuestro Señor hareis, yo recibiré gran contento, y les mandaré proveer de todo lo necesario; y demas de esto, aquella tierra adonde fueren recibirá gran contentamiento y beneficio en su llegada.»

En ejecucion de lo que el rey mandaba, señaló S. Francisco de Borja algunos Padres escogidos de la Compañía para esta mision, y los primeros fueron los PP. Maestro Pedro Martinez, que era aragonés de una aldea de Teruel, y Juan Rogel, y el H. Francisco de Villareal, los cuales aquel mismo año partieron á los veinte y ocho de julio para la Florida, donde llegaron á los veinte y cuatro de setiembre del dicho año.

Fué nuestro Señor servido de recibir como primicias de la Compañía al primero de ella, que en aquel nuevo mundo puso los pies, porque en saltando en tierra de los floridos el P. Pedro Martinez, para predicar y dar noticia del Evangelio á los naturales bárbaros, que andaban por la ribera del mar; le derribaron en tierra con las porras que traian en las manos, y tomándole medio muerto, le arrojaron en el mar; dándole nuestro Señor, por pago de los trabajos que habia pasado en la Compañía con vida religiosa y ejemplar, un fin tan dichoso y gracia de morir por su amor.

Mas ni á sus compañeros ni á los otros sus hermanos que quedaban en Europa, no los espantó ni acobardó esta muerte del P. Pedro Martinez, ántes los animó más, entendiendo que podian más fácilmente alcanzar en la Florida lo que deseaban, que era morir por Cristo; y así el año de 1568 envió S. Francisco de Borja, para seguir la empresa comenzada, once de la Compañía, de los cuales iba por Superior el P. Juan Bautista de Segura, y se habian de juntar con el P. Rogel y el Hermano Francisco de Villareal, compañeros del P. Pedro Martinez, los cuales despues de su muerte se retiraron al puerto de la Habana y habian ya vuelto á la Florida, para donde partieron

desde Sanlúcar los once Padres y Hermanos, á los 13 de marzo de este año de 1568.

Iba con ellos un cacique ó señor principal de la misma tierra de Florida, al cual habia traído de ella á España el adelantado Pedro Melendez; y habiendo sido enseñado en las cosas de nuestra santa religion, recibió con grandes muestras de contento y alegría el agua del santo bautismo, y se llamó D. Luis; porque se juzgó que, por ser práctico en aquella tierra y hombre principal y de muchos deudos, podria ayudar á los nuestros en la conversion de sus vasallos y amigos, como él lo prometia.

Llegados á la Florida el P. Bautista de Segura y otros siete compañeros, que los demas quedaron en la Habana, se entraron animosamente la tierra adentro guiados de D. Luis, sin consentir que ningun soldado español los acompañase, aunque muchos se les ofrecian.

Llevaron sus ornamentos, el recaudo necesario para decir Misa y algunos libros para su devocion. Pasaron grandes desiertos y pantanos de agua, de que hay mucha abundancia en aquella tierra.

Faltóles presto el mantenimiento y hubieron de sustentarse con las yerbas que hallaban por los campos y con el agua que bebían de los charcos.

Arribaron á la tierra de D. Luis, que estaba bien apartada del mar y de todo humano consuelo, y habitada de salvajes desnudos. Avisóles D. Luis que le aguardasen en un lugar medio despoblado, y él se fué á otro donde estaba su gente, cinco leguas más adelante.

Como hubiesen los Padres esperado seis dias más de lo que estaba concertado, envió el P. Bautista de Segura un Padre y un Hermano para saber cómo no venia, y si queria que ellos fuesen adonde él estaba.

En llegando, ó porque D. Luis habia ya apostatado y vuelto á sus idolatrías, y se halló confuso, ó porque ya tenia urdida y tramada la maldad; dió con sus deudos y amigos sobre los dos, Padre y Hermano, y quitáronles las vidas, y al alba del dia siguiente dieron sobre los demas, y, sin hablarles palabra, yendo D. Luis por capitán y guía, hallándolos á todos seis puestos de rodillas esperando con devocion y alegría la muerte, se la dieron. Luego los desnudaron de sus vestidos y robaron los ornamentos y aderezos del altar, y se los vistieron, y bailaron en su borrachera.

Tres de ellos fueron á abrir una arquilla de los Padres, pensando hallar dentro alguna gran riqueza, y halláranla si la supieran conocer; porque dentro del arquilla estaba un libro de la divina Escritura y un misal y libros devotos, rosarios, imágenes, cilicios, disciplinas y un devoto Crucifijo, al cual se pusieron á mirar atentamente, y mirándole, sucedió un prodigio raro en que confirmó el Señor la fe que venian á predicar aquellos siervos suyos, y por

cuán ofendido se había dado de haber muerto á sus predicadores; porque estando mirando al Cristo aquellos malhechores, cayeron súbitamente muertos con sólo la vista de su juez. Los compañeros de estos tres, que estaban á la mira, quedaron tan escandalizados y atónitos de lo que vieron, que, sin tocar cosa de las que tenían delante, se fueron cada uno por su cabo.

Todo esto vió y notó un mancebo español, que los Padres llevaban consigo, al cual, por ser muchacho y por saber que no iba á predicarles y quitarles la adoracion de sus ídolos, le dejaron de matar, y estuvo entre ellos cautivo algunos años, hasta que el Señor le libro de tan bárbara y fiera nacion, y contó todo lo que queda referido.

Los que allí murieron por la propagacion de nuestra santa fe fueron el P. Bautista de Segura, natural de Toledo (que por sus virtudes y vida religiosa había sido en España muy amado de S. Francisco de Borja); el P. Luis de Quirós y los HH. Gabriel Gomez Ceballos, Juan Bautista Mendez, Pedro de Linares, Cristóbal Redondo, Gabriel de Solís. He puesto aquí sus nombres para que quede la memoria de estos dichosos religiosos, pues por el celo de las almas derramaron su sangre con tanta constancia y alegría.

Todo esto es sacado del P. Pedro de Rivadeneira, en el lib. 3.<sup>o</sup> de la *Vida de S. Francisco de Borja*, cap. VI. Escribió tambien del P. Juan Bautista el *Catálogo de los mártires de la Compañía*, el P. Spinelo, cap. XX, en su *Trono Virgineo*, Garcilaso Inca, en su *Historia de la Florida*, Antonio de Quintanadueñas en los *Santos de Sevilla*, y Fr. Fernando de Camargo en *Coronica Sacra*, y últimamente el P. Andrés Perez, en el lib. 12 de su *Historia de las misiones de Méjico*, cap. XIV, el cual refiere el caso de los que quedaron muertos á vista del Crucifijo, de esta manera: «Estando muertos, un indio con codicia del despojo, fué á ver la caja donde estaban guardados los ornamentos y juntamente un santo Crucifijo para el altar. Sucedió, pues, que al abrir la caja cayó allí muerto el indio codicioso y atrevido, luego le sucedió otro con la misma codicia, y tambien cayó muerto, lo mismo intentó otro tercero, y le vino el mismo castigo del cielo, con que los demas llenos de temor y espanto, no se atrevieron á llegar más á la caja, la cual despues conservaron los indios con respeto y veneracion y grande espanto, áun despues de haber pasado ya más de cuarenta años.»

Del P. Luis de Quirós hallo esta especial noticia en el P. Antonio de Quintanadueñas, en el libro de los *Santos de Sevilla*, donde dice así: «El P. Luis de Quirós había sido Rector por los años de 1566, del colegio que en el Albaicin de Granada para instruccion de la fe y reformation de las costumbres de los moriscos de aquel gran sitio, que pasaban de nueve mil, tenía la Compañía de Jesus, sin el otro copiosísimo colegio de la ciudad, enseñándoles

áun los primeros rudimentos de leer y escribir: aquí campeó el celo y fervoroso espíritu del Padre en singulares demostraciones.

Fué este siervo de Dios de familia muy calificada y noble, de los Caballeros de Jerez de la Frontera, de donde fué natural: tuvo vocacion fuerte de pasar á las Indias á la conversion de los infieles, con revelacion que le llamaba Dios para darle la insigne aureola de heróico mártir, para honor de la Iglesia de España y de su noble familia, honrándola más con su sangre derramada por Cristo, que ella lo está con tanta calidad.

P. NIEREMBERG.

## P. GONZALO DE TAPIA

EL fervoroso predicador de Cristo, P. Gonzalo de Tapia, fué natural de la ciudad de Leon, hijo de gente muy noble.

Críose en nuestro colegio de la Compañía que allí hay, donde dió siempre muestras de su mucha virtud y devocion con nuestra Señora y de su buen ingenio.

Entró en la Compañía allí, siendo de edad de diez y seis años, el día de la Ascension de Cristo nuestro Señor, del año de mil y quinientos y setenta y seis, siendo Rector de aquel colegio el P. Jerónimo de Acosta, y Provincial el P. Juan Suarez; y habiendo procedido religiosísimamente en su noviciado y en el curso de Artes, y acabada su Teología, ordenado ya de Sacerdote, pasó á las Indias de Nueva España el año de 1585.

En llegando allá, como llevaba tanto celo de ayudar á aquellas almas, aprendió tan en breve las lenguas, que parecia era más dádiva del cielo, que trabajo é industria suya, segun la facilidad con que entró en ellas, con las cuales trajo al gremio de la Iglesia muchos millares de almas, hasta que entregó la suya al que la crió, por su fe y amor.

La relacion de su muerte envió á Castilla desde Méjico el P. Martin Peleaz, varon ilustre de la Compañía, el cual se halló cerca cuando sucedió y decia así:

«Siendo Visitador de aquella provincia el P. Dr. Diego de Avellaneda, fué enviado por su órden el P. Gonzalo de Tapia á la gran provincia de Ci-